

FILIACION Y DERROTERO DEL ULTIMO ALCALDE DE RUMI

Tomás G. Escajadillo

Es indispensable examinar detenida y acuciosamente la figura y el significado de Benito Castro, comunero expulsado temporalmente del seno de Rumi, que vive en el "mundo ancho y ajeno" dieciséis largos años antes de regresar a Rumi, y que, finalmente, asume, a poco de su regreso, el cargo de Alcalde de la comunidad, y en tal condición se convierte en comandante militar de la insurrección armada con la que Rumi desafía la orden judicial por la cual debe ceder sus tierras al vecino gamonal de la hacienda Umay, que les ha ganado el juicio en la máxima instancia judicial.

Para estudiar la figura de Benito Castro es indispensable "dividirlo" en dos segmentos: el Benito de los capítulos VI y XVII, que es actor de una aventura propia, casi totalmente desconectada de la fábula central de la novela, y el Benito de los capítulos XXI a XXIV, que lo muestran de conductor de los destinos de la comunidad de Rumi, que ha unimismado su destino al destino de la comunidad.

En lo que se refiere a los capítulos de "la historia (autónoma) de Benito Castro", ya hemos tenido oportunidad(1) de señalar algunas de sus funciones primordiales: en la "primera parte" de la novela (caps. I-VIII) las únicas interpolaciones a la trama principal están ocasionadas por un capítulo de la "historia del Fiero Vásquez" (IV) y un capítulo de la "historia de Benito Castro" (VI), mientras que la función interpolativa que tienen los episodios dedicados a estos personajes en la segunda parte de la novela (IX-XXIV) se mezcla con los cinco capítu-

1. C.F. (T.G.E.): "Los principios estructuradores de *El mundo es ancho y ajeno*" EN: (Dora Varona, editor): *Ciro Alegría, Trayectoria y Mensaje*. Lima, Ediciones Varona, (Colección Plenitud), 1972, pp. 206-33; y "Trayectoria y sentido de la peripecia de los "comuneros emigrados" en *El mundo es ancho y ajeno*". EN: *San Marcos* No. 18. Lima, UNMSM, enero-junio de 1977, pp. 91-146.

los destinados a contar el destino de igual número de comuneros que han abandonado a Rumi en busca de mejores horizontes. Esta función interpolativa está destinada a conseguir el suspenso narrativo, uno de nuestros "principios estructuradores" de *El mundo es ancho y ajeno* (2). Se ha visto asimismo, en forma sumaria (3), la relación de los capítulos de la "historia de Benito Castro" (y también de la "historia del Fiero Vásquez") con el segundo "principio estructurador" de la novela, la "idea central" que puede desprenderse del enunciado "la comunidad es el único lugar habitable" (para el campesino indígena). Se hace necesario ahora ahondar estos planteamientos en lo que se refiere a Benito Castro, en tanto "comunero errante".

La "historia de Benito Castro", comunero errante

La primera aparición de Benito Castro en la novela lo muestra "rumbo hacia el sur" y hacia el exilio; el novelista intencionalmente soslaya los motivos y circunstancias específicos que han ocasionado este exilio; sabemos apenas que no es voluntario.

El capítulo VI presenta a Benito Castro en su deambular de peón asalariado por diversas haciendas de la serranía norte del Perú; el segundo capítulo de la "historia de Benito Castro" relata sus experiencias en la ciudad de Lima. Ambos capítulos, como queda dicho, cumplen eficazmente la función interpolativa respecto de la historia central que configura, como se ha explicado, el primer "principio estructurador" de la novela, creador del suspenso narrativo. Debe especificarse, sin embargo, que los segmentos narrativos de la "historia de Benito Castro" suspenden la continuación de la historia del juicio que se sigue contra Rumi, pero nunca buscan que el lector se olvide por completo de la comunidad. En efecto, la continua vinculación de Benito Castro y su peripecia con el segundo "principio estructurador" de la novela, implica la existencia permanente de la comunidad como telón de fondo, como una "idea central" que ilumina con su presencia el mundo novelado y proporciona una significación concreta a los avatares de Benito Castro en el exilio. La relación de los capítulos que contienen la "historia de Benito Castro" con esta "idea central" de la novela se efectúa de diverso modo: En el capítulo VI se destaca con nitidez, por los procedimientos de contraste y antítesis, que la comunidad "es el único lugar habitable", ya que a Benito le va invariablemente mal como peón en numerosas haciendas; En el capítulo XVII Benito Castro continuamente afirma "mi comunidad es mejor" (frente a todo tipo de institución o forma de organización). Secundariamente, la "lectura" de la revista "La Autonomía" apunta, siempre por el procedimiento del contraste y la antítesis, a iluminar la "idea central" de la novela, "la comunidad (es el) único lugar habitable" para el poblador del Ande peruano.

El capítulo VI se ubica en 1910, dos años antes de la fijación temporal del

2. (T.G.E.): "Los principios estructuradores de *EMAA*", op. cit.

3. (T.G.E.): "Los principios estructuradores de *EMAA*", op. cit. "Trayectoria y sentido de los "comuneros emigrados" en *EMAA*", op. cit.; "Significado y proyección de la guerrilla del Fiero Vásquez", EN: *Letras Nos*. 86-87 (en prensa).

inicio de la fábula de Rumi. En este primer y único retroceso temporal se muestra el destierro de Benito Castro: "Marchaba hacia el Sur, contra el viento, contra el destino"(4) ¿Qué ha sucedido con Benito Castro? ¿Por qué marcha al destierro? El narrador-omnisciente considera inoportuno decirlo ahora. Quizá sea conveniente una digresión al respecto, que, junto con ayudar a explicar lo acontecido con Benito Castro, ilumine la "poética" del narrador de *El mundo es ancho y ajeno*. En el primer capítulo de la novela (1912, muerte de la vieja Pascuala, la madre adoptiva de Benito), encontramos a Benito en el recuerdo de Rosendo Maqui:

Tales recuerdos enternecían a Rosendo Maqui. ¿Por dónde se encontraría Benito? ¿Viviría aún? Esperaba que viviera todavía; lo creía así con el fervor que depara el afecto. Su vieja mujer llegaba a asegurar que cualquier rato asomaría de regreso, alegre y fuerte como si no hubiera pasado nada. Ella rememoraba a su Benito frecuentemente, diciendo que era el hijo que más lágrimas le había costado. Quizá por eso lo quería más intensamente, con esa ternura honda que produce en las madres el pequeño travieso y el mozo cerril, en quien se advierte al hombre cuyo carácter hará de su existencia una dura batalla. Maqui no desea recordar la forma en que se desgració Benito, y menos cómo él, austero alcalde, había dejado de ser justo una vez. Nadie podía reprocharle nada; pero él mismo se reprochaba su falla o, para ser más exactos, se sentía incómodo al considerarla (pp. 368-69)

Hasta aquí lo que el texto cuenta y lo que no cuenta; lo que el libro va mostrando y lo que oculta. Sin embargo, el narrador-omnisciente considera de su incumbencia el explicitar las cosas. Con ello tenemos la presencia, relativamente frecuente en el conjunto de la novela, de un narrador-omnisciente incómodo, excesivamente explicativo, que se interpone con impertinencia entre el mundo recreado y el lector; así, pues, estima conveniente agregar a lo anteriormente citado lo siguiente:

Nosotros, que tenemos más amplios deberes que Maqui, aunque sin duda menos importantes, explicaremos lo necesario a su tiempo. Por el momento no consideramos oportuno puntualizar nada, sobre todo respecto al traspies de Maqui, a quien deseamos tratar comprensivamente dejando que viva en forma de todas maneras justa. Tampoco deseamos adelantar cosa alguna acerca del posible retorno de Benito Castro. Sería prematuro, y ello violaría en cierto modo la propia fuerza de los acontecimientos. (p. 369)

Desde esta presencia de Benito Castro, y esta alusión a su "desgracia", en el recuerdo de Rosendo, tendrán que pasar cerca de quinientas páginas hasta que el narrador-omnisciente juzgue "oportuno" revelar el misterio:

Una angustia profunda sobrecogió el alma de Benito. Entonces contó a

4. Cito por: (C.A.): *Novelas completas*. Madrid, Aguilar, (Biblioteca de Autores Modernos), segunda edición, 1963, p. 515.

su amigo cómo es que salió de la comunidad y por qué no podía volver aún. /Su padrastro se emborrachó durante la fiesta de San Isidro y se puso a gritar: "Aquí, en esta comunidad, no debemos consentir ningún indio *mala casta*". Entonces fue a acogotar a Benito, quien, de un solo empujón, lo tiró al suelo. Su padrastro sacó su cuchilla, y él la suya. Benito se asombró de manejar tan bien la hoja filuda. De primera intención se la hundió en medio del pecho. Entonces, como no había cárcel y la iglesia, donde solían poner a los escasos presos, estaba ocupada por los devotos, Benito fue encerrado en uno de los cuartos de Rosendo Maqui. La comunidad debía juzgarle, pero, por otra parte, el Estado también reivindicaría su sagrado derecho de administrar justicia sobre los "governados". (p. 854)

Y a continuación se relata cómo fue que el "austero alcalde, había dejado de ser justo una vez" y violó el derecho de la comunidad a juzgar a Benito Castro (presumiblemente a nivel del Consejo de regidores presidido por el alcalde). Es necesario subrayar lo singular y único de la conducta de Rosendo Maqui: sólo tratándose de Benito Castro, a quien quiere como hijo propio, es que se decide pasar por encima de las normas comunales:

A eso de las cuatro de la mañana, Rosendo lo llevó a las afueras del carserío. El caballo blanco, al que después llamó Lucero —"hasta aura tengo pena po mi animal—, estaba allí ensillado. Rosendo le dijo: "Únicamente vos, yo y la pobre Pascuala, que está llorando, sabemos esto. Te suelto, hijo, ya que el Estao no sé por qué tenga que castigar a los indios cuando no les enseña sus deberes. Lo que me pone intranquilo es la comunidad. Ella sí tiene derecho a juzgarte y quién sabe te absolvería porque vos no has buscao... Pero si demoras aquí, vendrán del pueblo a llevarte preso. Ya lo sabe seguro Zenobio García. De todos modos, quisiera cumplir con mi comunidad, pero también me duele el corazón y te suelto... Vete, pues, hijo. Un caballo se puede perder y si algo merezco de ti, que sea un ofrecimiento: no meterte en lo que no te convenga... ¿Me ofreces?" "Sí, taita"... "Vete, pues, y vuelve cuando haya prescrito el juicio". Le dio una alforja conteniendo sus ropas y el fiambre que había preparado Pascuala, se abrazaron y Benito partió. Volvía la cara de rato en rato y notaba que Rosendo seguía allá, en pie, en medio del camino, sin duda viéndolo alejarse... Así salió de su comunidad *a penar por el mundo*. (pp. 854-55; mi subrayado).

El narrador-omnisciente ha "atado los cabos" de un acontecimiento importante de su relato; sin embargo la equivocada "poética" del narrador de *El mundo es ancho y ajeno* lo impulsa a no detenerse aquí y agregar a su discurso el comentario final excesivamente explicativo, en el cual —sin necesitarlo— sale al frente de lo narrado para "justificar" el suspenso en que se mantuvo el motivo del destierro de Benito Castro:

Nosotros, por nuestro lado, debemos recordar que aplazamos la explicación de la actitud del alcalde ante Benito en relación con su alejamiento

de la comunidad. Ahora, después de haber visto sus vidas en muchos años, creemos que el asunto es aclarado por los mismos hechos en todas sus proyecciones y orígenes. (p. 855)

Volvamos al comienzo del capítulo VI que es también el inicio del largo deambular de Benito Castro, por espacio de dieciséis años y una buena parte del territorio nacional. Es interesante subrayar que Benito, uno de los comuneros más diestros de Rumi, es visto en este capítulo como peón asalariado que trata de ganarse la vida mediante sus habilidades y conocimientos por diversas regiones de la sierra norte (especialmente las serranías de La Libertad y el Callejón de Huaylas). Se podría pensar que Benito, siendo tan capacitado, encontraría en algún lugar oportunidad para destacar. No es así, sin embargo: no existe posibilidad de bienestar fuera de la comunidad, ni siquiera para los comuneros más diestros. Los acontecimientos que se relatan en este capítulo evidentemente cumplen la función de subrayar esta idea.

El derrotero que sigue el deambular de este "comunero errante" es más bien prolijo y detallado. Alegría se cuida, sin embargo, de precisar la ubicación de la comunidad de Rumi; la primera alusión al lugar en que se encuentra Benito Castro indica vagamente: "Cruzaron varias provincias y pararon por primera vez en las serranías de Huamachuco" (p. 516)(5)

Desde el comienzo el texto expresa una idea unívoca: "Benito Castro se contrató de arriero en una hacienda. Esa era la historia de caminar para volver al mismo sitio, o sea el atolladero de la pobreza, pero no importaba". (p. 516)

Significativamente una de las primeras peripecias que se narra de Benito Castro apunta a subrayar el hecho de que en su fuero interno sigue siendo un comunero: obedece la promesa hecha a Rosendo de no meterse en líos:

Ya llegaban los perdedores, a tranco calmo, y Benito, al dar un vistazo al cholo del zaino, comprendió que la partida no terminaba todavía. Estaba demudado y lo miraba con unos ojos inyectados que parecían coágulos de sangre. No le faltaría pretexto para armar pleito, pues en la noche se realizaría un baile. Y Rosendo le había dicho: "Si algo merezco de ti, que sea un ofrecimiento: no meterte en lo que no convenga". El se lo había ofrecido y he ahí que ahora iba a pelear sin duda y nadie sabe en lo que acaba una pelea (...) Al oscurecer ensilló y, sin que dejara de molestarle la idea de que lo pudieran considerar un cobarde, se fue. Hacia el Sur, cada vez más lejos... (pp. 521-22)

Y, a continuación, la explicitéz alcanza su punto máximo; nada bueno podrá acontecerle a Benito Castro fuera de su comunidad; no es posible una vida de un bienestar razonable fuera del marco comunal: "Nada le ocurrió ya durante varios años, salvo la marcha. Y un trabajo de salario exiguo. No dejaba de buscar por un

5. A pesar del evidente deseo de Alegría de no "ubicar en el espacio" en forma concreta a la comunidad de Rumi, por diversas referencias, como la presente, se deduce que la comunidad quedaría relativamente cerca a la ciudad de Cajamarca.

lado y otro la buena fortuna. *Todas las haciendas eran iguales; en todas daban para sobrevivir, pero no para vivir*". (p. 522; mi subrayado). El sentido del texto es unívoco: fuera de la comunidad no existe la "buena fortuna"; como sucede con numerosos capítulos y episodios fragmentarios a lo largo de la novela, en este capítulo VI se destaca y subraya, mediante el contraste y la antítesis, el "principio estructurador" de la novela que está contenido en el enunciado "la comunidad (es el) único lugar habitable".

Por varios motivos hace Alegría que Benito Castro se interne en las serranías de Ancash. El primero de ellos será contrastar la belleza del paisaje con la deprimente situación del campesino de la región:

El paisaje era muy hermoso y la vida del hombre muy triste. Los indios hablaban quechua y unos pocos el castellano. Todos trabajaban para los hacendados o los mandones de los pueblos(6). El trabajo era más fuerte que en el Norte y el salario menor. A ver, pues, qué iba a hacer. Cortó caña en una hacienda, segó trigo en otra y en una tercera fue mozo de cuadra. (p. 523)

Esta mostración de un cuadro de injusticia y explotación se perfila certeramente a través de algunas anécdotas significativas; de allí que se inserte en esta instancia el relato de la tortura de unos campesinos falsamente acusados de haber robado ganado. Igualmente significativo es el temprano perfilamiento de Benito como "redentor" de la raza indígena: libera en la noche a los campesinos cautivos y fuga junto con ellos.

El siguiente episodio del capítulo es digno de un interés especial: en un pueblo llamado justamente "Pueblo Libre" Benito Castro escucha el discurso de un político que habla en contra del orden establecido y de las autoridades locales. El discurso es interesante en tanto representa un recurso para presentar los temas y motivos habituales de la narrativa indigenista: el gamonalismo, la "trilogía embrutecedora", el centralismo vs. descentralismo, los traidores a su clase, la venalidad de las autoridades, etc., etc. (hasta se discute el sistema del reparto del agua en la localidad). Sagazmente Alegría utiliza el recurso de transcribir *in extenso* el discurso de un político "indigenista" para que recordemos, según había señalado tajante y certeramente Mariátegui, que

El "indigenismo" no es aquí un fenómeno esencialmente literario como el "nativismo" en el Uruguay. Sus raíces se alimentan de otro humus histórico. Los "indigenistas" auténticos —que no deben ser confundidos con los que explotan temas indígenas por mero "exotismo"— colabo-

6. Nótese que las comunidades campesinas han desaparecido de la región; ello armoniza con el hecho de que "la vida del hombre (era) muy triste". Es decir, una nueva instancia más en que se enfatiza lo que yo considero uno de los dos "principios estructuradores" de la novela, cuyo enunciado es: "la comunidad. único lugar habitable". C.F. principalmente nota (2).

ran, conscientemente o no, en una obra política y económica de reivindicación —no de restauración ni resurrección—(7)

La correspondencia entre el contenido de la prédica política de Pajuelo, el “redentor” de Pueblo Libre, y el mensaje político que, artísticamente, se desprende de la novela cumple pues la finalidad de que recordemos que el “indigenismo” es un fenómeno “multisectorial” y que, cada uno a su manera, el “discurso” político indigenista y el “discurso literario” indigenista se nutren de un mismo “humus histórico” y que, por lo tanto, “a medida que se le estudia, se averigua que la corriente indigenista no depende de simples factores literarios sino de complejos factores sociales y económicos”(8).

El discurso de Pajuelo tiene, asimismo, la propiedad de insinuar el concepto de la lucha de clases: el orador se dirige reiteradamente a sus “hermanos de mi clase”. Sin embargo, el discurso de Pajuelo suena a veces retórico, libresco, “literario”; habría aquí un material para una disquisición de tipo de teórico pues, como se ha revelado recientemente en las *Memorias* póstumas de Ciro Alegría, la arenga de Pajuelo pertenece a un discurso escrito “del mundo real” que el novelista interpola en su “prosa de ficción”; este discurso “real”, que fue incorporado al texto de la novela “a guisa de ejemplo de oratoria popular”(9), resulta por momentos, paradójicamente, poco convincente, “falso”.

Pajuelo es abaleado, en pleno discurso, y se apresura a sus “partidarios”, Benito Castro entre ellos(10). Benito es llevado a la consabida capital de provincia con la clásica acusación de subversión, y como no tiene ni dinero ni influencias es el último en salir de la prisión: pasa tres meses preso. Inmediatamente después el narrador-omnisciente “resume” las experiencias de Benito como peón de haciendas:

Sufrió mucho de peón, por las haciendas. Recordaba a Rumi y tenía pena, y recordaba a Lucero, su último amigo, y tenía más pena todavía. ¡Y qué diferencia entre el trabajo realizado en las haciendas y el trabajo realizado en la comunidad! En Rumi los indios laboraban rápidamente,

7. (J.C.M.): *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928). Cito por la tercera edición: Lima, Empresa Editora Amauta, (Biblioteca Amauta), 1952, p. 356. He estudiado la influencia de Mariátegui en Alegría y *El mundo es ancho y ajeno* en: “Para leer a Mariátegui: 2 tesis de los *7 Ensayos*”. EN: (varios): *7 Ensayos/50 Años en la Historia*. Lima, Empresa Editora Amauta, (Biblioteca Amauta), 1979, p. 102 y 132-35; y en “Ciro Alegría, José María Arguedas y el indigenismo de Mariátegui”. EN: (varios): *Mariátegui y la Literatura*. Lima, Empresa Editora Amauta, (Biblioteca Amauta), 1980.

8. (J.C.M.): *7 Ensayos...*, op. cit., p. 356.

9. (C.A.) *Mucha suerte con harto palo. Memorias*. Ordenamiento, prólogo y notas de Dora Varona. Buenos Aires, Editorial Losada, (Cristal del Tiempo), 1976, p. 395.

10. Si se analiza las cosas, en el fondo, aunque Benito está en la manifestación como simple curioso, paradójicamente sí resulta “partidario” de Pajuelo.

riendo, cantando y la tarea diaria era un placer. En las haciendas eran tristes y lentos y parecían hijastros de la tierra. (p. 532)(10 bis).

Benito, pues, en tanto “peón de haciendas” conoce a “muchos indios de todos lados” y siempre encuentra el mismo cuadro de explotación y miseria. La dimensión sincrónica del drama del indio ha quedado así documentada (como quedará documentada asimismo con los capítulos que narran las cinco aventuras de otros tantos “comuneros emigrados” lejos de Rumi); ahora la novelista cree conveniente —y acierta— mostrar un elemento de diacronía: es así como ingresa en la novela un acontecimiento del pasado cercano, la rebelión de Atusparia, en 1885:

...así conoció a muchos indios de todos lados porque la hacienda era muy grande. Los indios hablaban quechua, pero, en general, poco hablaban. Benito fue aprendiendo ese idioma(11), que suena a veces como el viento bravo y otras como el agua que corre bajo la tierra, y les entendía la parla triste.

Ellos no contaban cuentos o lo hacían muy de tarde en tarde. Hablaban de sus trabajos y, a veces, de la revolución. En voz baja, en medio de apretados círculos, los más viejos contaban de la revolución de Atusparia. (pp. 532-33)

Repárese que, estando el relato ambientado aproximadamente en 1915 se sugiere que quienes cuentan la revolución de Atusparia (“los más viejos”) bien pudieran haber participado en ella (han pasado treinta años). El relato mismo, sintético, contiene un recuento de las injusticias que motivaron la sublevación y una narra-

10.bis. Cotéjese esta observación de Benito Castro con esta otra, que Mariátegui toma de Castro Pozo: “La “comunidad”, en cambio, de una parte acusa capacidad efectiva de desarrollo y transformación y de otra parte se presenta como un sistema de producción que mantiene vivos en el indio los estímulos morales necesarios para su máximo rendimiento como trabajador. Castro Pozo hace una observación muy justa cuando escribe que *“la comunidad indígena conserva dos grandes principios económicos sociales que hasta el presente ni la ciencia sociológica ni el empirismo de los grandes industrialistas han podido resolver satisfactoriamente: el contrato múltiple del trabajo y la realización de éste con menor desgaste fisiológico y en un ambiente de agradabilidad, emulación y compañerismo”* (22) // (22).—Castro Pozo, ob. citada p. 47.— El autor tiene observaciones muy interesantes sobre los elementos espirituales de la economía comunitaria. “La energía, perseverancia e interés —apunta— con que un comunero siega, gavilla el trigo o la cebada (...) y desfila, a paso ligero, hacia la era alegre, corriéndole una broma al compañero o sufriendo la del que va detrás halándole el extremo de la manta, constituyen una tan honda y decisiva diferencia, comparados con la desidia, frialdad y laxitud de ánimo y, al parecer, cansancio, con que prestan sus servicios los yanacones, en idénticos trabajos u otros de la misma naturaleza; que a primera vista salta el abismo que diferencia el valor de ambos estados psico físicos, y la primera interrogación que se insinúa al espíritu, es la de qué influencia ejerce en el proceso del trabajo su objetivación y finalidad concreta e inmediata?”. 7 *Ensayos...*, op. cit., p. 89.

11. Según Mario Vargas Llosa Benito Castro ya sabía desde antes el quechua. En un célebre texto, publicado originalmente con el título de “José María Arguedas descubre el indio auténtico” (en la revista *Visión del Perú* No. 1. Lima, agosto de 1964), V. L. le critica a Alegría no haber realizado, al igual que Arguedas, una operación de “traducción”, del quechua que hablan sus personajes, al castellano en que han sido escritos sus respectivos libros. Alegría respondió demoledoramente a los reparos de Vargas Llosa en un artículo titulado “El idioma de Rosendo Maqui”. En *Expreso*, Lima 5/VI/64.

ción de las acciones armadas hasta la muerte de los principales cabecillas y la del mismo Atusparia. Como recurso estilístico se emplea, como en contadas oportunidades en la novela en que se quiere lograr un efecto de especial vitalidad y dramatismo en los hechos relatados(12), el "presente histórico".

Pero lo más notable del texto es el comentario final a este episodio por parte del narrador-omnisciente (comentario con el cual termina también el capítulo), glosa ambivalente o ambigua quizá, pero que tiene la finalidad de instalar el tema de "la revolución" en los tiempos presentes (1915):

Así hablaban los indios, fatigados por la dura labor del día y de los días, en las noches del galpón. Ellos recordaban más las victorias que las derrotas. Y la noche se llenaba de emociones alegres y trágicas, de héroes casi legendarios, de luchadores astutos y tremendos. Estaban invictos y cualquier día la revolución iba a recomenzar... Pero llegaba el sueño y después el día. Sonaba la voz de los caporales. Los héroes desaparecían, las épicas batallas no eran ya. Y los indios, fatigados por la realidad, rota la fe, esfumadas las visiones, se encaminaban en fila hacia los campos de labor, y allí se curvaban sobre la gleba. Benito Castro, inerte y pobre como ellos, cogía el azadón y se curvaba igualmente... (p. 535).

La próxima aparición de Benito Castro nos lo muestra hecho un "futre", con terno y sombrero, en la ciudad de Lima; más de trescientas páginas separan el capítulo del peregrinar de Benito como peón de haciendas (VI) del "capítulo limeño" de este personaje (XVII). Entre uno y otro episodio Benito Castro aparece un par de veces en el texto; en la primera oportunidad (pp. 647-48) se cuenta una "anécdota" de Benito niño y adolescente, con las cuales el narrador busca enriquecer la caracterización de su personaje. En este caso la anécdota cumple la misma finalidad que dos "aventuras" del Benito del pasado que Rosendo recuerda en el capítulo inicial de la novela (pp. 367-9 y 376-77); esta vez se trata de la "hazaña" que culmina con la adquisición por parte de la comunidad de un caballo de fina raza. "(Frontino) tenía sangre fina, como que Benito Castro, siendo un mocosito todavía, lo hizo engendrar en la yegua Paloma por el garañón Pensamiento, de propiedad de una lejana hacienda" (p. 647), y contra la vigilancia del dueño de la hacienda.

La segunda aparición de Benito entre ambos capítulos es significativa: Rosendo Maqui se acuerda de él mientras agoniza: "Habría deseado vivir hasta el tiempo del retorno de su querido hijo Benito. Pero ya que no se ha podido... Ahora

12. Respecto al "presente histórico" como rasgo estilístico Wolfgang Kayser dice lo siguiente: "Por el contrario, se distingue con facilidad el rasgo estilístico que, en la narrativa, resulta del salto desde el pasado al presente. Llámase este presente "presente histórico". "C. F. (WK.): *interpretación y análisis de la obra literaria*. Madrid, Editorial Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, ("Tratados y Monografías", I), 1954, p. 221; "Por otra parte el uso oportuno y ocasional del presente histórico produce efectos extraordinariamente vivos e intensos; el gran novelista noruego Knut Hamsun ha desarrollado esta técnica con gran maestría" (Ibidem, p. 326). C.F. "Trayectoria y sentido de la peripecia de los "comuneros emigrados" en *EMAA*", op. cit., p. 120.

está satisfecho de haber favorecido a Benito: si algún escrúpulo tuvo antes por haberle facilitado la fuga, no le quedaba ninguno ahora. Benito es fuerte. ¡Pobre vieja, que se murió también sin verlo más!" (pp. 837-38) Benito tiene, pues, un lugar privilegiado en el corazón del anciano alcalde.

Se hace necesaria una meditación en torno a la "experiencia limeña" de Benito Castro. Para que el conocimiento del "mundo ancho y ajeno" que existe fuera de la comunidad sea completo es indispensable el "capítulo limeño". Es interesante hacer notar que lo mismo sucede con ese otro "héroe comunero", Demetrio Rendón Willka, personaje con el cual tiene Benito Castro varios puntos de contacto(13). Si Benito Castro se ha de convertir, a su regreso a la comunidad, en alcalde de Rumi, en la "última fase" de la existencia comunitaria, su condición de "hombre que conoce el mundo" tiene que haber pasado por la "experiencia limeña"; no basta con conocer la costa y tener un elemento de comparación con la vida en el Ande: hay que haber vivido en la Gran Ciudad. Y Benito, además, adquirió experiencias desempeñando numerosos oficios: "Cuando Benito cayó en Lima, desempeñó todos los oficios —panadero, mozo de bar, diarero, peón en la Escuela de Agricultura— hasta que paró un tiempo en una lechería modelo" (pp. 839-40). Más tarde en la novela nos enteraremos que, como complemento al "aprendizaje" de Benito Castro, se enrolará en el ejército, siguiendo así la huella de la figura del "licenciado" en la narrativa indigenista, visible ya desde López Albújar ("El licenciado Aponte" y "El brindis de los yayas"); condición de licenciado que será necesario examinar nuevamente(14).

Este Benito Castro de terno y sombrero (pero sin corbata) es protagonista de un "capítulo limeño" en el que no hay situaciones dramáticas ni se pone énfasis en las penurias y estrecheces que se pasan; con sobriedad y por momentos con humor se cuenta la historia de Benito Castro en Lima.

En lo fundamental, se cuenta en el capítulo la amistad que se va desarrollando entre Benito Castro y Lorenzo Medina, un "gran dirigente sindical" que, aunque en un momento declara ser sindicalista y no político, usa bigote y perilla que "cultivó durante veinte años después de aprenderse a cierto dirigente cuyo retrato encontró en cierto libro..." (p. 853). Benito comienza a trabajar de fletero en una lancha de Lorenzo Medina, y se va a vivir con él a un callejón del Callao. El "gran dirigente sindical" a quien el texto al principio llama "don Lorenzo Medina" pronto quedará reducido a "Lorenzo Medina" a secas y se sabrá además que ya no desempeña cargo sindical alguno y que las autoridades portuarias habían conseguido incluso que se le expulsara del sindicato de fleteros. Es con este personaje tan "independiente" que se desarrolla el diálogo "político-sindical" de Be-

13. C.F. (T.G.E.) "Trayectoria y sentido de la peripecia de los "comuneros emigrados" en *EMAA*", op. cit. "Para leer a Mariátegui: 2 Tesis de los 7 *Ensayos*", op. cit.: "Ciro Alegría, José María Arguedas y el indigenismo de Mariátegui", op. cit.

14. Me parece que el tópico del licenciado en la novela indigenista merece un estudio detenido. Notemos que hasta las novelas de Scorza (si aceptamos que sean "indigenistas") llega el tópico del licenciado que, habiendo cumplido un determinado "aprendizaje" regresa a sus lares, principalmente para causar problemas (desde el punto de vista de los patronos e —incluso— desde el punto de vista de los sectores más retrógrados de las comunidades).

nito Castro. A todas las tentativas de adoctrinamiento en la lucha sindical y temas conexos Benito responderá invariablemente "mi comunidad es mejor", y esta frase es uno de los "leit-motivs" del capítulo:

A los dos meses, Benito llegó a ser un fletero hábil. Don Lorenzo habría estado muy contento de él si hubiera demostrado mayor interés por los problemas sindicales. Según había observado, los entendía, pero no le importaban. Mejor resultaba la comunidad. Tampoco gustaba de las lecturas que don Lorenzo hacía en alta voz. Hasta que un día el punto crítico fue tocado. Afirmaba el semanario *La Autonomía*... (p. 845)(15).

La "lectura de *La Autonomía* sí consigue despertar el interés de Benito Castro, por contener principalmente denuncias contra atropellos cometidos con campesinos andinos. Cumple asimismo, como veremos, una importante misión de mostrar la amplitud de la explotación del indio en el territorio nacional. Es interesante notar que Benito no rechaza orientación política alguna; no hay aquí, como sí existe en Demetrio Rendón Willka(16), rechazo a ideologías ni posiciones partidarias. Alegría se limita a hacer que su personaje se refugie en el paradigma de la comunidad; así, con otro amigo, antes de conocer a Lorenzo Medina:

Santiago se interesaba por el movimiento sindical y había leído mucho sobre eso, pero Benito, apenas le avanzaba algo, respondía "¡Ah, sí, se parece a mi comunidad, pero mi comunidad es mejor!" Todo lo arreglaba con la comunidad. (p. 842)

Y más tarde: "Benito no dijo que era mejor su comunidad, pero movió la mano: 'ya sé en lo que terminan las historias esas' ". (p. 488). Páginas después, ante la lectura de una historia más de explotación y abuso contra los campesinos serranos, Lorenzo Medina le dice "Ahora verás que no todo es comunidad", a lo cual Benito responde con una frase "clave" y, al mismo tiempo un tanto enigmática: "Ya lo sé; todo no es comunidad. Pero yo, cuando vuelva a mi comunidad..." (p. 847)

Es muy importante considerar el hecho de que Benito Castro nunca elabora su enunciado de "mi comunidad es mejor". Nada dice por ejemplo de lo que pueda convenirle a un trabajador urbano costeño, ni en términos de organización gremial ni en los de ideología: su actitud implícitamente afirma que para él (y los suyos y los que son como él, campesinos andinos) la comunidad es lo más conve-

15. C.F. Wilfredo Kapsoli: *El pensamiento de la Asociación Pro-Indígena*. Cusco, Instituto Bartolomé de las Casas, 1980. En este valioso trabajo se estudia tanto a *La Autonomía* como al más conocido *El deber Pro-Indígena*, que era el boletín oficial de la Asociación. Así, la alusión a *La Autonomía* por parte de Ciro Alegría (alusión que repitió en textos no fictivos y presentaciones públicas como la registrada en el *Primer Encuentro de Narradores Peruanos*. Lima, Casa de la Cultura del Perú, 1969, p. 251) puede resultar confusa para quien sólo conozca la existencia de *El Deber Pro-Indígena* como órgano oficial de la Asociación Pro-Indígena

16. Arguedas hace que Demetrio Rendón Willka rechace por igual a "apristas" y "comunistas", mientras que Benito Castro, más cauta o astutamente, se limita al consabido "mi comunidad es mejor".

niente. Su actitud y sus palabras subrayan, por tanto, uno de los dos “principios estructuradores” de la novela, el que se expresa mediante la Idea Central contenida en el enunciado “la comunidad, único lugar habitable”.

La “lectura” del semanario *La Autonomía* llena el resto del capítulo. Es precisamente un fragmento vinculado con “la matanza de Llaucán” (un lugar no muy distante de Rumi), el que consigue captar la atención de Benito. La “lectura” del semanario de la Asociación Pro-Indígena consiste en transcribir el “recorte” —en una técnica aprendida posiblemente en Dos Passos(17)— que relata nueve casos ilustrativos de los atropellos que sufren los campesinos (y en un caso los mineros) serranos a todo lo ancho y largo del Ande peruano. La finalidad de esta utilización de los “informes” de *La Autonomía* es clara: fuera del ámbito protector de la comunidad todo es miseria y explotación en la sierra peruana. Se trata no sólo del procedimiento de *contraste y antítesis* mediante el cual se acentúa la idea de que “la comunidad es el único lugar habitable”, principios que también norman la configuración de los cinco capítulos dedicados a los “comuneros emigrados”, sino de una vocación de demostrar que el drama del campesino peruano, que se ejemplifica en la novela con el caso de la comunidad de Rumi, es un drama que cubre gran parte del territorio nacional. A través de estos “recortes” se enlaza la historia de Rumi con un cuadro general que abarca todo el Ande peruano.

En la única oportunidad en toda la novela, Alegría opta por poner una nota al pie de página, en la que se nos informa que, con relación a los “recortes” de *La Autonomía* “el autor ha introducido en los fragmentos transcritos algunas modificaciones para facilitar su comprensión o ensamblarlos dentro de la novela” y que ha modificado todos los nombres reales porque “no es su propósito realizar extemporáneas censuras personales, sino *mostrar episodios corrientes y típicos*” (p. 848; mi subrayado). Por encima de las “limitaciones” de la Asociación Pro-Indígena y de voceros como *La Autonomía* lo importante es que el procedimiento de los “recortes” es artísticamente (e ideológicamente) eficaz en *El mundo es ancho y ajeno*: tenemos un catálogo de formas de vida, modos de asociación, régimen de trabajo, etc, en el Ande peruano, hermanos por el común denominador del sojuzgamiento y la explotación. De otro lado la explícita vocación de buscar lo “típico” nos ayuda a comprender cómo estos “episodios recordados” contribuyen a darnos la dimensión sincrónica de una realidad social que nos conecta con el “principio estructurador” que se expresa con la idea de que “la comunidad es el único lugar habitable”. Pero precisamente estas denuncias contenidas en el semanario pro-indigenista nos alertan acerca de la amenaza de la desaparición de las comunidades indígenas por la voracidad de los gamonales vecinos:

...la situación de los indígenas en las provincias sublevadas, especialmente en Azángaro, ha sido durante el último quinquenio clamorosa y de-

17. La técnica de insertar “recortes periodísticos” en el cuerpo de la narración posiblemente derive de John Dos Passos —a quien Alegría cita en la novela (p. 893).

sesperante. La usurpación de los terrenos de comunidades por el gamonalismo, ahí, ha sido más desvergonzada que en ninguna otra parte. (p. 851)

Por tanto, la historia de las usurpaciones de las tierras de la comunidad sería un capítulo "típico" de la historia del Ande, sólo que visto con detenimiento en un primer plano.

El procedimiento de los "recortes" va comprometiendo emocionalmente a Benito, que escucha los sucesos con creciente interés; uno de los "recortes" produce en Benito la necesidad de explayarse con su amigo y contarle cómo fue que tuvo que abandonar su comunidad; termina Benito diciendo:

En todo tiempo, he recordado a mi güen viejo Rosendo. Espero encontrarlo tovía. Es juerte y durará cien años. Lo que te cuento sucedió en mil novecientos diez. Ahora volveré sabiendo leer. ¿Quieres repasarme la lección? No creas que desoigo todo lo que hablas, pero, a lo mejor, si te acepto mucho, me metes en cosa que no convenga... Yo quiero volver a mi comunidá. (pp. 855-56)

Con lo cual Benito (y el narrador de *El mundo es ancho y ajeno*) elude el confrontamiento con lo político-sindical "refugiándose" en los valores de la comunidad. Pero si Lorenzo Medina no encuentra en Benito un aplicado alumno en materias sindicales y sociales, sí encuentra en él a un alumno ávido por aprender a leer. Será pues Lorenzo Medina quien enseñe a leer y a escribir al futuro alcalde de Rumi; en cambio, no se logra saber cuánto de sus enseñanzas sindicales ha quedado vigente en Benito Castro.

Hacia el final del capítulo se produce un estruendo en el Callao: una explosión de un lanchón cargado con dinamita produce cuantiosos daños materiales. Entre ellos está la destrucción de la lancha de Lorenzo Medina: "entonces comenzaron muy malos tiempos" (p. 857) y "llegó el tiempo en que Lorenzo y Benito padecieron hambre" (p. 858).

Este "capítulo limeño" sabe, pues, distraernos de los dramáticos acontecimientos del juicio de linderos de la comunidad de Rumi: deja en suspenso la acción principal de la novela. Pero el lector no se olvida por completo de Rumi: Benito repite constantemente "mi comunidad es mejor", se acuerda del viejo Rosendo y tropieza, en una de las "lecturas" de *La Autonomía*, con el nombre de un comunero de Rumi entre las víctimas de Llaucán. De otro lado Lorenzo Medina se ha enterado que Oscar Amenábar, hijo del feroz gamonal de Umay, ha sido elegido diputado.

Pero si el capítulo acentúa el sufrimiento del campesinado andino a través de las páginas de *La Autonomía*, la intención y los logros del novelista es presentar un "episodio limeño" carente de dramatismos. Es como si Alegría hubiese querido reservar lo dramático para el escenario andino (u ocasionalmente, selvático). No hay lugar, por tanto, para el drama o las tensiones sociales en este ca-

pítulo de la novela. Por el contrario, el “tono” es principalmente festivo; hay notas de humor y “picardía”, especialmente en lo que se refiere a los “asuntos amorios” de Benito (18). A pesar de que al final del capítulo Benito hasta “padece hambre” la “experiencia limeña” de Benito Castro no deja, en sí, un sabor amargo: el drama peruano en *El mundo es ancho y ajeno* se encuentra en la sierra.

Benito Castro, último alcalde de la comunidad de Rumi

Pasarán largos años (de 1915, en que data su “capítulo limeño”, hasta 1926, en que reaparece en las cercanías de Rumi) antes que volvamos a saber de Benito Castro. El capítulo que se titula precisamente “Regreso de Benito Castro” muestra a Benito, finalizado su largo periplo de “comunero errante”, reintegrándose al seno de la comunidad. Las palabras iniciales de este capítulo confirman nuestra interpretación, basada en otros fragmentos de la novela, de que Benito Castro no ha dejado de ser, en su fuero interno, un comunero de Rumi, “comunero errante” por larguísimo años: “Desde el momento en que se fue, estuvo regresando y al fin volvía” (p.898).

Pero, siguiendo la “poética” del narrador de *El mundo es ancho y ajeno*, antes de que el jinete que avanza hacia Rumi con el deseo de abrazar a Rosendo y la vieja Pascuala, a Chabela —su madre— y todos los suyos llegue a su destino, se nos “rellena” sintéticamente el “vacío” con los principales hitos del deambular de Benito Castro.

Se informa así acerca de esos once años transcurridos: Benito consiguió finalmente otro trabajo; tiempo después presencié una gran huelga, en 1919, pero, a diferencia de Lorenzo Medina que es apresado, consigue huir al norte. “Llegando a Trujillo fue enrolado para el servicio militar. Pudo defenderse alegando que ya había pasado la edad, pero estaba cansado de buscar trabajo y se quedó” (p. 900). Obsérvese que Benito progresa en el ejército; primero es ascendido a cabo, luego “Benito ascendió a sargento primero, y en el tiempo de su baja, se reenganchó con propina aumentada y facilidades” (p. 900). Y para que el “aprendizaje” de Benito que completará su experiencia en el ejército sea lo más amplio posible Alegría lo hace luchar, con su regimiento, contra las fuerzas del guerrillero Benel, en las serranías de Cajamarca. En tales circunstancias Benito Castro presencia la brutal represión de su propio regimiento:

Corría el año 25 cuando el regimiento de Benito Castro fue movilizado. Peleó, pues. La tropa avanzaba sembrando el terror. Un centenar de campesinos que trillaban su trigo, fue liquidado a tiros, bayonetazos y culatazos. La compañía de Benito cayó en una emboscada y las filas ralearon. (p. 901)

Este episodio de Benito Castro en el cual es soldado del ejército regular en

18. “La mesonera...desde que Benito le soltó la alegre apreciación...lo mira con ojos amables y deseosos de intimidad” (p. 841). Por otro lado, le gustó “la negra Pancha”, la buñelera que vive en su mismo callejón (pp. 848, 856, 858).

combate contra fuerzas guerrilleras es importante para el cabal entendimiento de la novela. Por un lado se explicita en el cosmos novelístico la eficacia de las técnicas guerrilleras, parecidas a la de una banda como la que encabeza el *Fiero* (19). De otro lado sirve para que Benito Castro tome mayor conciencia de la situación en que se encuentra el país; piensa en un momento unirse a las fuerzas de Benel "pero supo que era un hacendado y se desanimó. ¿Qué perseguía Benel, realmente? ¿Se ocuparía del pueblo si tomaba el poder?" (p. 902). Finalmente un episodio dramático adquiere una dimensión simbólica; el regimiento de Benito ha capturado a unos campesinos benelistas:

La mujer se arrodilló frente al pelotón implorando con las manos juntas: '¡No lo maten!', y sus dos hijitos, dos niños llorosos, se abrazaron a ella como para protegerse. La tropa disparó sobre los cuatro y la mujer miró a Benito, que estaba hacia un lado, con ojos llenos de reproches. "¡Defiéndenos, Benito Castro!" —gritó antes de morir. Benito se quedó observando al hombre y a la mujer. Sus caras no le parecían del todo desconocidas. La tropa, por su lado, lo contempló con aire de sospecha. (pp. 901-02)

Luego, en una típica intervención "explicatoria" el narrador omnisciente explicita el sentido simbólico del grito: es todo un pueblo el que clama por la ayuda de Benito Castro (de los Benitos Castro):

...Acaso esos fusilados... ¿Habría desaparecido la comunidad? "Defiéndenos, Benito Castro". Lo conocía, pues. Quizá era un visitante de Rumi en días de fiesta. Recordemos nosotros que cuando comenzó el éxodo de comuneros hacia el mundo, llamamos muchos nombres. Ahora no creemos necesario aclarar si esa mujer o esos fusilados pertenecían o no a la comunidad. Su grito nos parece, más bien, el reclamo clamoreante del pueblo: "¡Defiéndenos, Benito Castro!" (p. 902)

La mujer habla, pues, por todo el pueblo indio. Benito Castro se licencia y retorna a su comunidad. Pero la historia de Rumi queda enlazada así con los movimientos campesinos de una época muy movida, la del oncenio de Leguía(20), a quien se alude incidentalmente en el texto.

Benito Castro llega, finalmente, al caserío de Rumi y sus sospechas se ven confirmadas: el poblado está desierto, la casa de Rosendo Maqui está convertida en un chiquero. El texto es rotundo: "Todos los dolores que padeció Benito en su vida desembocaron en uno solo: el de la pérdida de su comunidad" (p. 904). Pasa la noche en el destartalado caserío y a la mañana siguiente descubre una casa habitada. Tiene un tenso diálogo con su habitante, un caporal de la hacienda

19. C.F. (T.G.E.): "Significado y Proyección de la guerrilla del *Fiero Vásquez*", op. cit.

20. C.F. Wilfredo Kapsoli y Wilson Reátegui: *El campesinado peruano*. Lima, UNMSM, Seminario de Historia Rural Andina, 1972 (mimeo.). (T.G.E.): "Significado y Proyección de la guerrilla del *Fiero Vásquez*", op. cit.

Umay que al igual que Benito lleva carabina ("los hombres se miraban con los ojos y con los cañones"), del cual se informa que ahora la comunidad, luego del juicio de linderos que le ganó Amenábar, está asentada en las peñolerías de Yanañahui. Al alejarse del lugar donde había estado siempre la comunidad de Rumi Benito se voltea constantemente para mirar el caserío: repite así el mismo gesto que los comuneros hicieron al abandonar el caserío de Rumi luego del primer despojo (p. 625): las casas que otrora se erguían orgullosas están ahora destartadas y sin techos; "y por los alrededores del caserío, donde hubo chacras, prosperaban ahora las malezas y una hierba amarilla" (p. 906); para eso les quitó sus tierras a los comuneros el gamonal de Umay.

Benito Castro causa una verdadera conmoción al reintegrarse a su comunidad, "lo miraban con admiración" (pues)

estaba muy cambiado. Su cara denotaba madurez y seguridad y su cuerpo, una tranquila fortaleza. Cubría su cabeza un alón sombrero de fieltro y el poncho terciado —habano claro como el que usan los hacendados— dejaban ver una chaqueta oscura y un gris pantalón de montar de los usados en el ejército. Las botas de suela gruesa lucían plateadas espuelas. Con el fusil en la mano(...) parecía un hombre de rango que va de caza por las alturas. Además los modales (...) Benito había vuelto otro. (p. 907)

Pero la alegría del retorno es breve; por la menor de sus "hermanas", Juancha, se entera de inmediato de la muerte de Rosendo y de Pascuala. Pedirá entonces que se le lleve donde el nuevo alcalde, Clemente Yacu, que está en cama con reumatismo, para enterarse de los asuntos de la comunidad. Ello da pie a una nueva intromisión del narrador omnisciente "explicativo":

La conversación fue larga. Clemente Yacu informó al recién llegado con toda la solicitud que merecía un hijo del viejo alcalde Rosendo Maqui. Por nuestro lado, oyéndolo, podremos enterarnos de cuanto no conocemos todavía. (p. 908)

Y, efectivamente, se "llenan los espacios informativos"; se "rellena" los vacíos que desconocemos. Por lo demás antes de este capítulo que trata del "Regreso de Benito Castro" se había insertado un "bloque" de cinco capítulos interpolativos; se hacía necesaria pues una "puesta al día" de los acontecimientos relativos a la intriga principal. En lo fundamental, lo que es nuevo para el lector es que Amenábar inició un segundo juicio a Rumi, alegando propiedad de las "peñolerías" de Yanañahui, y lo había ganado en primera instancia. La comunidad, por intermedio de Correa Zavala, su nuevo abogado, había apelado a la Corte Superior. El alcalde Yacu termina su "informe" con el recuerdo de Rosendo Maqui (y una nueva intromisión del narrador "explicativo"):

—En fin, Benito —dijo el alcalde terminando su relación, de la cual, como se habrá entendido, anotamos solamente los detalles que no conocíamos—, esto es lo que ha pasado... Lo que más nos apenó fue la muerte

de nuestro querido Rosendo...Pero, ateniéndonos a lo que él predicó, hemos cultivao nuestra tierra y aquí estamos... (p. 911)

Y es "el espíritu de Rosendo" el que domina el final del capítulo en que se narra el regreso de Benito Castro a Rumi; en adelante, en cierta manera los actos de Benito Castro se pondrán en cotejo o contraste con tal "espíritu", símbolo de los valores y las virtudes "tradicionales" de Rumi:

Benito se marchó a su casa. El sol del mediodía brillaba sobre la cima cónica y el hombre entendió las últimas palabras como un mensaje. El espíritu de Rosendo animaba todavía ese mundo y sin duda se erguía hasta la cumbre del Rumi. Por querer a Rosendo quiso más a la tierra y a los hijos de la tierra, invictos a pesar de todo. Mientras se metía en la cama de alegres listas, se extrañó de que su dolor por la muerte de Rosendo no fuera tan intenso. Luego comprendió profundamente que nadie lo había perdido, que lo mejor de Rosendo quedaba en la comunidad, y ello era el sentido de la vida ajustada al ritmo creador y fraternal de la tierra. Entonces, durmióse con tranquilidad. (p. 911)

La reincorporación de Benito a la comunidad es rápida. Al mismo día siguiente conversa animadamente con muchos de los comuneros, despertando curiosidad y admiración tanto por sus modales y ademanes desenvueltos cuanto por su aspecto "fuerano": "Benito salió sin poncho, con un rojo pañuelo de seda flotando en torno al cuello y el alón sombrero de fieltro un poco ladeado" (p. 912); para todos tiene la frase adecuada. Saluda cordialmente a Valencio (para quien Benito es "ese hombre trajeado como caporal y que sin embargo parecía bueno"); tiene palabras de consuelo para Eulalia, cuyo marido, Abram Maqui, ha muerto, y cuyo hijo Augusto se fue de Rumi hacía muchos años y no regresaba. Encima de eso "lo peor era que Marguicha se había quedado sin marido" (21). A Porfirio Medrano, ex-regidor que había sido repuesto por "extranjero", Benito Castro le dice como de casualidad: "Yo no vengo a dárme las penas..." (p. 912). Benito tiene que contar algo de sus andanzas; luego va al corral que sigue a cargo del vaquero Inocencio. Pero Benito ya no es el mismo que antes, y este cambio es visto con innegable simpatía por el narrador. Este hombre que significa el amor y respeto por la comunidad más el conocimiento y la experiencia en el mundo de afuera está resuelto a ser "diferente" que los demás, desde un ángulo de vista; sus más pequeños gestos lo delatan: "El sol ya estaba muy alto. Benito sacó un gran reloj del bolsillo delantero y dijo que era hora de almorzar" (p. 914). Sintomáticamente Benito es el único en toda la comunidad que sabe leer y así puede informar a una joven comunera del contenido de una carta escrita a máquina (que todos habían tomado por un recorte de periódico) por su esposo, Adrián Santos, uno de los muchos "comuneros emigrados" de Rumi, de los cuales sólo uno ha vuelto a la comunidad(22).

21. Marguicha terminará siendo la esposa de Benito. He subrayado la vinculación simbólica entre Benito Castro y Augusto Maqui en: "Trayectoria y sentido de los "comuneros emigrados" en *El mundo es ancho y ajeno*", op. cit., p. 121.

22. De todos los "comuneros emigrados" sólo ha regresado el maestro albañil Pedro Mayta (p. 932).

Confirmando que ha vuelto a "hacer algo" Benito Castro pide permiso para ir al pueblo y hablar con el abogado. El "alegre galope" con que regresa (que contrasta con la lenta y triste cabalgata con que un grupo de comuneros, encabezados por Rosendo Maqui, había traído, hacía muchos años, la noticia de que se había perdido el primer juicio de linderos, p. 581) es claro anuncio de buenas noticias: se ha ganado en la Corte Superior este segundo juicio(23); el alcalde le pide a Benito que dé a los comuneros las buenas nuevas:

Tengo que darles una buena noticia sobre nuestra comunidad. La Corte Superior de Justicia ha fallao reconociendo el derecho de la comunidad a disfrutar de las tierras que ocupa. El doctor Correa Zavala cree que es seguro que el gamonal apelará ante la Corte Suprema, pero ganaremos también... Eso es todo. Ya podemos cultivar la tierra tranquilos, como la mayor bendición... (pp. 917-18)

Esta noticia da lugar a la esperanza; ocasiona que se aleje el fantasma de la feroz persecución (legal) de Amenábar; en forma parecida a las interpolaciones de historias desligadas, en mayor o menor grado, con Rumi, las "atmósferas" o acontecimientos esperanzadores entablan un contrapunto con la carga tensiva que conlleva la lucha contra el hacendado de Umay. Tendremos ocasión de examinar esta técnica o estrategia al contrastar el final del capítulo XXIII, que culmina un episodio de la historia de la comunidad con un "tono" especialmente optimista y esperanzador, con el comienzo del capítulo siguiente (el final). Limitemonos a repetir, por ahora, lo expresado en otra oportunidad sobre todo esto:

Pero hay *otra manera de provocar el suspenso*, de detener la narración de la larga lucha de los comuneros de Rumi contra el hacendado de Umay, que tiene a su lado ley, autoridades y poder. La poderosa fuerza del temible gamonal, y su consecuencia, el despojo, cada vez más completo, de las tierras y bienes de la comunidad, ceden también ante instancias en que se presentan acontecimientos, grandes o pequeños, que permiten seguir abrigando esperanzas de sobrevivir; o, simplemente, a la narración de hechos que hacen predecir que el poder del terrateniente caerá finalmente sobre los comuneros con toda su fuerza devastadora, se suceden, en nueva serie contrapuntística, escenas de la vida comunal o estados de ánimo de los comuneros que hacen suponer que, pese a los malos augurios, la comunidad, como siempre, se salvará(24).

Desde el momento en que Benito Castro trajo la buena noticia la narración se despreocupa de Amenábar; el signo de la esperanza sustituye por completo al de la amenaza; bajo el impacto de la llegada de Benito Castro los habitantes de Rumi se descubren situados ante el dilema de "nuevas tareas comunales" (como

23. Se había apelado la sentencia del primer juicio, el que les hizo perder las "tierras buenas" de la comunidad (p. 642); ahora "La Corte Superior ha fallao reconociendo el derecho de la comunidad a disfrutar de las tierras que ocupa" (las "peñolerías" de Yanañahui).

24. (T.G.E.): "Los principios estructuradores de *El mundo es ancho y ajeno*", op. cit., pp. 216-17.

reza el título del cap. XXIII). Simbólica y significativamente los acontecimientos son precipitados por Porfirio Medrano, regidor que fuera removido de su cargo en una asamblea a raíz de la pérdida del primer juicio, por el secreto motivo de que es un "extranjero", un "fuerano". En efecto, Medrano no es oriundo de Rumi, es un *ex-azul*, como el padre de Benito Castro(25), que se quedó herido en Rumi y luego pidió incorporarse a la comunidad. Es un probado partidario del "progreso" que se encuentra "en minoría" en Rumi y muy aislada desde que dejó de ser regidor. Porfirio Medrano invita a Benito a cazar y le plantea de frente dos problemas fundamentales de la comunidad. El primero se refiere a ampliar considerablemente las tierras de cultivo:

Hace muchos años, yo me di cuenta de que la pampa se podía desaguar muy bien haciendo unos canales y también ahondando el cauce de desagüe de la laguna con unos cuantos tiros de dinamita. Así se aprovecharía hasta una parte de tierra cubierta por el agua de la laguna. ¡Pa qué! Chauqui y otros sacaron la vieja historia de la mujer que salió a oponerse y otros cuentos. Los demás, por costumbre, dejaron que triunfara el engaño. (p. 918)

El mismo Benito se encarga de mencionar el segundo asunto, que también se relaciona con un "mal espíritu": "Otra cosa que me parece zonza es la del Chacho. Ahí se podía hacer las casas y no en esa falda donde sopla tanto viento..." (p. 919); pues el tal Chacho habita en unas ruinas situadas en el único lugar abrigado del terrible viento de la meseta. Finalmente Medrano le dice que varios comuneros han pensado en él para el cargo de regidor, que está vacante por la reciente muerte de Goyo Auca; Benito acepta, sin el menor titubeo. Y, como corolario a estos planes, tienen una estupenda caza: ocho venados y un venadito capturado vivo. "Nadie, nunca, había cobrado tantas (piezas) en una sola vez" (p. 920). Pero las habilidades de Benito Castro, como pronto comenzará a comprobarse, no se restringen al campo de la caza.

Benito, prudentemente, no hace ni dice nada hasta que es elegido regidor: "la comunidad mantenía una inquieta actitud de espera. ¿Qué hará? El hombre que había traído los caminos del mundo enredados en las pupilas sentía todo el peso de esa responsabilidad y meditaba" (p. 921). Piensa en Lorenzo Medina, su amigo y consejero, y en el buen Rosendo Maqui. ¿Qué harían ellos en su lugar, qué consejo le darían? Una cita "inocente" nos informa:

En los últimos tiempos que vivió con él, Lorenzo estaba diciendo *materalismo histórico...*, *tesis, antítesis, síntesis*... Benito no llegaba a comprender. En lo que sí estaba de acuerdo era en que el hombre debía ser libre, fuerte y alegre. Lo entendía claramente. ¿Qué hacer? (p. 921)(26)

Piensa asimismo en la esperanza que tenía Rosendo Maqui de que una escuela

25. "Azules" son los montoneros partidarios de Iglesias; "colorados" los de Cáceres (pp. 359-367).

26. Subrayado en el original, lo cual no deja de ser un "inocente" gesto de Alegría.

traería el “progreso” a Rumi; Benito es partidario de la educación, pero es necesario hacer algo más, “la escuela habría realizado su labor en diez o veinte años. No se podía esperar tanto si la vida es miserable. En pocas palabras, Benito Castro deseaba abatir la superstición y realizar las tareas que esbozaron con Porfirio”. (p. 922).

En el Consejo Benito “planteó el asunto”. Consigue una estrecha mayoría (3-2), pero “Benito dijo que no deseaba comprometer a ninguno de ellos y que cargaba solo con la responsabilidad. Si censuraban a la directiva, se declararía el único culpable”. (p. 922). Al día siguiente, acompañado de Porfirio Medrano, Valencio y su “sobrino” Rosendo Poma, hacen boquetes y finalmente dinamitan el cauce de la laguna. La actitud de los pobladores es mixta, y Benito asume públicamente la responsabilidad, al tiempo que se burla del maleficio de la “mujer negra y peluda” que supuestamente tiene su dominio en la laguna. Benito tiene entonces que neutralizar la agresión de Artemio Chauqui, el principal y más belicoso de los “tradicionalistas” de Rumi: “Benito lo aguardó con serenidad y, cogiéndole la muñeca, le hizo soltar el arma. En seguida le dio un golpe en medio plexo, un sabio golpe que también había aprendido en lejanas tierras, y Artemio cayó”. (p. 923). Para el narrador, es claro, puede haber cosas buenas que provengan de “lejanas tierras”. Es importante anotar esto porque, como se verá a continuación, la comunidad de Rumi se verá de inmediato confrontada al dilema, o falso dilema, de optar entre el “progreso” y la tradición; así las supersticiones y creencias formarían parte del término “tradición”, mientras a su vez el “progreso” estaría vinculado con lo foráneo, lo de “lejanas tierras”. Ya hemos tenido oportunidad de glosar este conflicto progreso/tradición, relacionándolo especialmente con el tópico de la edificación de la escuela en Rumi, en otro trabajo (27); será necesario, sin embargo, que recordemos y amplíemos lo planteado.

Al día siguiente, en que Benito y sus partidarios se encaminan hacia las ruinas merodeadas por el Chacho, se encuentran con que tienen nuevos partidarios: “El grupo de Benito contaba ahora con la adhesión del anciano Pedro Mayta y todos sus familiares. El viejo alarife se había lamentado siempre de que se desperdiciara esa excelente piedra y el sitio mismo para levantar el nuevo caserío” (p. 925). Y se realiza la demolición; Benito “dando un violento empujón tiró unas cuantas piedras al suelo. En seguida entraron hasta el centro de las ruinas y comenzaron a demolerlas. Las nuevas casas tendrían habitaciones más amplias”. (p. 925).

Pero estos actos tendrían consecuencia; como era de esperarse “Clemente Yacu, presionado por el grupo de comuneros que encabezaba Artemio Chauqui, llamó a asamblea para juzgar los actos de Benito Castro. La afluencia fue grande, pues solamente los viejos y los enfermos se quedaron sin asistir” (p. 925). La asamblea deviene en una confrontación de dos personalidades fuertes, representativas a su vez de dos tendencias diferentes en el seno de la comunidad. Es, forzando un tanto las cosas, una versión *sui generis* del conflicto civilización vs. bar-

27. (T.G.E.): “El Símbolo de la construcción de la escuela en *El mundo es ancho y ajeno*”. EN: *Runa*, Nos. 7-8. Lima, Instituto Nacional de Cultura, julio de 1978, pp. 24-28.

barie, que tiende, en realidad, a la superación del antagonismo entre los dos términos supuestamente irreconciliables. La descripción de Chauqui es cuidadosamente contrastada con aquella de Benito Castro; mientras éste "lucía su mismo traje de foráneo, su sombrero de fieltro y sus botas" (p. 925) pues, en contra de sus consejos, no ha querido mudarse de ropa expresamente para la asamblea, y cuando le llegó el turno de hablar "quitose el sombrero dando al sol una cabeza bien peinada, con raya al lado" (p. 926); Artemio Chauqui "era el mismo indio duro de siempre, reacio a toda innovación, oscuramente empecinado. Habló con la cabeza descubierta, por momentos solemne, por momentos arrebatado. El sol de la tarde brillaba en su pelambre hirsuta y en su piel sudorosa". (p. 926). Como es natural, denuncia la violación de la "laguna encantada" y el "Chacho", como atropellos a "la tradición". Pero su argumentación se hará especialmente enfática al denunciar que ese "progreso" que Benito Castro dice querer para Rumi es algo "foráneo", algo de blancos, que no es bueno para la comunidad. Luego de recordar la larga ausencia de Benito ("Pero he ahí que arribó un hombre que nunca fue un buen comunero y la división volvió a comenzar. Ese hombre estuvo ausente dieciséis años y, según se veía, regresaba con malos propósitos", p. 926) agrega:

Sus partidarios, esos locos y malos comuneros, entre los cuales casi todos eran foráneos, decían que buscaban el progreso. ¡Progreso! El indio no debe imitar al blanco en nada porque el blanco, con todo su progreso, no era feliz. Pedía, pues, en nombre de los comuneros descontentos del proceder de Benito Castro, que éste fuera expulsado de la comunidad. Sólo así se evitarían grandes calamidades y conflictos... (p. 926)

Benito Castro contesta, tranquilo y enérgico a la vez; "dijo que él no había vuelto para destruir" y reitera los beneficios que acarrearán a la comunidad sus actos. Descarta rápidamente la "veracidad" de las creencias del "Chacho" y la mujer del lago, y luego entra a responder el ataque principal de Artemio Chauqui:

Si quería el progreso era porque estimaba que solamente con el progreso el indio podía desarrollarse y librarse de la esclavitud. ¿Por qué se salvó don Alvaro Amenábar de las brujerías de Nasha Suro? Solamente porque no le tuvo miedo. Eso era el progreso. Ahora, él quería que se sembrara en los contornos de la laguna y en esa extensa pampa, llena de tierra arrastrada por las lluvias. Las cosechas serían excelentes. Así podrían, de nuevo, pensar en una escuela. Rosendo Maqui deseó escuela porque comprendió que era preciso saber, que era necesario el progreso. De funcionar escuela en Yanañahui, en diez o veinte años nadie creería en lagunas encantadas y Chachos. Por no ser supersticiosos, los hacendados trabajaban mejor, plantando la barreta donde creían conveniente. Pero no se podía esperar diez ni veinte años. Había que vivir mejor desde ahora. (p. 927)

Benito Castro sabe bien que se está jugando no sólo su destino sino el de la comunidad entera; es consciente de la trascendencia del debate y juega limpio

pero con sagacidad y astucia. Su principal táctica, como ha quedado registrado, es la de disputarle a Chauqui la posesión del concepto "tradición". ¿No es Rosendo Maqui, el querido alcalde de Rumi, elegido años tras año, símbolo de la "tradición"? En tanto partidario de la edificación de una escuela Rosendo queda hermanado con Benito; es más, la interpretación que da Benito de ello es convincente ("Rosendo Maqui deseó escuela porque comprendió que era preciso saber, que era necesario el progreso"). Aunque embrionario, el pensamiento de Benito propondría una actitud "selectiva" tanto frente a la "tradición" cuanto frente al "progreso". Así, creencias como las de la mujer negra de la laguna y el "Chacho" (e incluso creer en brujerías, como las de Nasha Suro), deben ser dejadas de lado, pues constituirían una "esclavitud" de la cual sólo se podrá librarse mediante el "progreso". Estas creencias tradicionales deben ser erradicadas drásticamente, pues se oponen al progreso. Con el ejemplo de Rosendo Maqui ("tradición") y su tenaz afán de construir una escuela ("progreso") Benito Castro quiere demostrar que es falsa una oposición tajante entre estos dos conceptos. Y al hacerlo, Benito, futuro alcalde de Rumi, sabe que se está debatiendo un tema crucial para el futuro de la comunidad. Por ello, dejando de lado su astucia por un gesto de audacia, se ha presentado al debate con toda su ropa de "foráneo". Pero hay cosas del "mundo ancho y ajeno" que son buenas para el indio comunero: el principal ejemplo que brinda Benito es el de la escuela y la educación. Y aunque no hay oportunidad para que Benito explicita su pensamiento, queda flotando la idea de que la comunidad no es una isla, y que, conservando básicamente su modo de vida tradicional, debe ampliar sus relaciones con el mundo exterior, utilizando lo que en él hay de positivo, de provechoso para ella; una estrategia, en suma, de la adopción "selectiva" de la idea del progreso.

Al hacer de Benito Castro, hombre que ha vivido dieciséis años fuera de su comunidad, un partidario del progreso, y un enérgico opositor de "creencias" tradicionales, ¿no estaremos frente a un "indio" (que en realidad es mestizo) que ya no vive en el horizonte mágico-religioso de sus antepasados, que ya no comparte una visión mítica del universo? Puede ser. Alegría ciertamente ha aceptado correr el riesgo de la "extranjerización" de su personaje; pero con astucia subraya la función de Benito de conductor hacia un futuro mejor y más próspero, en tanto que deja en una zona de ambigüedad la relación de éste con el horizonte mítico de la cultura andina:

Yo quiero a mi comunidad y he vuelto porque la quiero. Quiero a la tierra, quiero a mi pueblo y sus leyes de trabajo y cooperación. Pero digo también que los pueblos son según sus creencias. Tu bisagüelo, Artemio Chauqui, contaba que los antiguos comuneros creían que eran descendientes de los cóndores. Es algo hermoso y que da orgullo. Pero ahora ya nadie cree que descende de cóndor, pero sí cree en una laguna encantada con su mujer peluda y prieta y un ridículo enano que tiene la cara como una papa vieja... ¿Hay derecho pa humillarse así? No existen y sólo el miedo nos impide trabajar la comunidad en la forma debida. El pueblito se levantará allá, fuerte y cómodo. La pampa estará llena de hermosas siembras. (pp. 927-28)

Cuando se abre el debate es justamente un comunero “tradicional”, el vaquero Inocencio, el que da la tónica abrumadoramente favorable a Benito, al hacer en voz alta una labor de “selectividad” en relación a las creencias. Hay, pues, creencias “inocentes” y creencias “nocivas”:

Yo —dijo despaciosamente— estoy de acuerdo con Benito. ¿Por qué creemos en cosas perjudiciosas? Yo creo en mi ternerito de piedra que lo tengo enterrao pa que proteja la vacada. Pero dos bichos mugrientos no nos van a hacer dar paso atrás en lo que es güeno para la comunidad. (p. 928)

Benito, y todo lo que él representa, triunfan abrumadoramente (“Cuando Clemente Yacu llamó a votar, una gran mayoría favoreció a Benito”). Los resultados no tardan en presentarse, pues las frases inmediatas nos informan que

De veras, después de dos años de tenaz labor, el pueblecito se levantó allá, fuerte y cómodo, y la pampa estuvo llena de hermosas siembras. El primer año sólo sembraron y el segundo sembraron y edificaron. Las papas extendían su verde oscuro hasta las orillas de la laguna; la quinua morada avanzaba hacia el poblado; el claro cebadal llegaba al pie de los cerros de El Alto. Quedaba un gran trecho de pasto por el lado de la pampa que daba al Rumi y además el ganado tenía todas las faldas. Cercas de piedra comenzaban a levantarse. (pp. 928-29)

El texto que sigue, que constituye el final del capítulo XXXIII, continúa con la nota optimista. La esperanza se consolida en Rumi y regresamos casi al tono positivo de los tiempos antiguos (por ejemplo el tono del bucólico capítulo V, “El maíz y el trigo”):

Las casas del pueblo estaban ordenadamente dispuestas en torno a una pequeña plaza. Faltaba mucho por hacer, pero las energías se habían entonado. El alarife Pedro Mayta, si bien no se encaramaba sobre los muros, dirigía desde el pie de ellos la construcción de la escuela.

Un día Clemente le dijo a Benito:

—Ya no puedo más con el reuma. Voy a renunciar. Así lo hizo y Benito fue elegido alcalde. Una nueva vida brotaba, como las siembras, de la tierra feraz. (p. 929)

No habrá tiempo, sin embargo, para gozar de buenas épocas como antaño: las palabras que siguen nos remecen con su violencia; el contraste entre las frases finales del capítulo XXXIII y las iniciales del siguiente y último es extremo: “Una nueva vida brotaba, como las siembras, de la tierra feraz. /Los machetes y los rejonos relumbraban al sol, treinta fusiles tronaron rabiosamente”; el impacto del contraste entre la atmósfera de optimismo, bienestar y progreso y una de furia, violencia y tensión es de una indudable eficacia narrativa.

El capítulo final de *El mundo es ancho y ajeno* es, en buena medida, un parte de batalla. Contiene muy detalladas descripciones de las disposiciones defensi-

vas de Rumi, de la ubicación y funciones de los distintos grupos que han de proteger a la comunidad(28), rechazando los inminentes ataques del "mundo de fuera".

No sabemos cuánto tiempo ha pasado desde el final del capítulo anterior, sólo se sabe que Amenábar ha conseguido ganar el juicio en la Corte Suprema, y que la comunidad, reunida en consejo, ha acordado resistir por las armas el desalojo.

Antes de los enfrentamientos, el capítulo describe las preparaciones y tácticas de los comuneros de Rumi. En todo está presente la mano organizadora del alcalde, Benito Castro, sargento primero licenciado del ejército; en esto ha culminado su largo "aprendizaje" en el mundo "ancho y ajeno". Benito utilizará una combinación de tácticas militares con un adecuado uso de las condiciones geográficas de Yanañahui y sus puntos de acceso. Dividirá a los comuneros en seis grupos, cuatro ubicados en los puntos de acceso a la comunidad misma, un pequeño grupo en el caserío y el sexto es enviado a la hacienda Umay a promover la insurrección. Los presuntos invasores de Rumi, una fuerza combinada de la guardia civil y caporales bien armados de la hacienda Umay, esperan sorprender al alba a los comuneros; Benito, sin embargo, hace que toda su gente monte guardia la noche entera para sorprender a su vez a los atacantes. Es necesario destacar la habilidad (militar y civil) con que maneja Benito su estrategia y sus tácticas. Antes del combate, "utiliza" a los Córdova, los hacendados rivales de Amenábar, para que caigan en la trampa de dar ayuda a Rumi para crearle problemas al señor de Umay(29). En la arenga "clave" (para el capítulo y para la mejor comprensión de la novela en su totalidad) que Benito Castro hace antes del primer combate, sus planes quedan plenamente revelados: se trata de una insurrección. Entre los presentes están los seis caporales que los Córdova han mandado para reforzar a las huestes de Benito; su reacción es decir: "Oiga, nosotros nos volvemos a pelear contra don Amenábar y no a hacer sublevación. Denos los veinte rifles que le entregamos..." (p. 933). Benito hace lo contrario: arrebató el fusil de quien habló y otros comuneros imitan su gesto con los demás caporales, quienes son luego encerrados. Por otro lado, han llegado tres hombres del pueblo de Muncha, armados de carabinas (p. 931), y, aunque se explica que "los munchinos dicen que van a pelear contra Amenábar porque les ha rodeado las vacas, llevándolas como propias a otra hacienda" (p. 937), Benito no se confía(30); a la hora de distribuirse los puestos de combate "cada munchino ha sido puesto en compañía de un comunero" (p. 936).

28. La comunidad, se nos informa, tiene 35 rifles, 26 de ellos capturados a caporales de Florencio Córdova (que son hechos prisioneros), enviados para "ayudar" a los comuneros y crearle problemas a Amenábar; estos caporales intentan retirarse cuando se dan cuenta de que se trata de una "sublevación". En una reunión general, previa a los primeros enfrentamientos, Benito distribuye a sus hombres en grupos, cuyas funciones son claramente explícitas. En total unos ochentiséis hombres combaten, incluyendo a los muchachos, el más joven de los cuales es precisamente el hijo del *Fiero*, Fidel Vásquez.

29. Contrástese la lucidez de Benito Castro quien, como queda dicho, "utiliza" a los Córdova, con las imitaciones que, a este respecto, tiene el *Fiero* Vásquez, quien mantenía relaciones con los Córdova y los ve como posibles aliados.

30. Como se sabe, Rumi tiene razones más que suficientes para desconfiar de los munchinos.

Desde el punto de vista táctico-estratégico se imponen los métodos y precauciones de Benito. Valencio es quien primero escucha el ruido de una lejana cabalgata; avanza hacia las fuerzas enemigas en medio de la oscuridad y regresa con informes valiosos. Todos los grupos de comuneros son alertados, y se concentran las fuerzas por los dos puntos por donde va a ser atacada la comunidad. Ambos son caminos por laderas escarpadas; el primer grupo, compuesto por guardias civiles es atacado a balazos y luego con galgas. Después de un fuerte tiroteo huyen dejando seis muertos, pero los comuneros también han tenido dos bajas. El segundo grupo de atacantes, conformado por caporales de Umay, es recibido, en el mismo instante, por una lluvia de piedras: muy pocos son los que logran escapar.

Se ha ganado la primera batalla. Pero es sólo la primera batalla. Significativamente los primeros muertos han sido Porfirio Medrano, el "foráneo", ante cuyo cadáver se lamenta su encarnizado enemigo, Artemio Chauqui, y Fidel Vásquez, el *Fierito*, que es el combatiente más joven de cuantos están defendiendo a Rumi. La sombra del bandolero que pusiera su banda al servicio de la comunidad de Rumi está presente hasta el final de la novela(31).

Regresemos a la víspera de este primer combate. Las palabras con que Benito Castro arenga a los comuneros de Rumi son capitales para entender el pensamiento del último alcalde de Rumi y, a través de él, el "pensamiento poético" que postula la novela en última instancia: el discurso de Benito ilumina con especial claridad y nitidez aspectos cruciales de *El mundo es ancho y ajeno* (entre los menos importantes, la explicitación del sentido del título mismo de la novela). Benito comienza haciendo un recuento de la situación y subrayando sus diversas implicancias:

La ley nos ha sido contraria, y con un fallo se nos quiere aventar a la esclavitud, a la misma muerte. Alvaro Amenábar, el gamonal vecino, quiso llevarnos a su mina primeramente. Pero consiguió que los Mercados le vendieran su hacienda y de ahí sacó gente pa podriarla en el socavón. Aura, ambiciona unos miles de soles más y va a sembrar coca en los valles del río Ocos. Pa eso nos necesita. Pa hacernos trabajar de la mañana a la noche aunque nos maten las tercianas. ¿Qué ha hecho con las tierras que nos quitó? Ahí están baldías, llenas de yuyos y arbustos, sin saber lo que es la mano cariñosa del sembrador. Las casas se caen, y la de nuestro querido viejo Rosendo es un chiquero. Tampoco quiere las tierras de Yanñahui. Sigue persiguiendo a los comuneros pa reventarlos. (pp. 931-32)

Y, comentando la actitud de quienes, como es el caso de Amenábar, han despojado "por la ley" de sus tierras a campesinos indemnes, Benito Castro toca —quizás si demasiado explícitamente— el tópico del título de la novela:

Los que mandan se justificarán diciendo: "Váyanse a otra parte, el

31. C.F. (T.G.E.): "Significado y proyección de la guerrilla del *Fiero Vásquez*", op. cit.

mundo es ancho". Cierta, es ancho. Pero yo, comuneros, conozco el mundo ancho donde nosotros, los pobres, solemos vivir. Y yo les digo con toda verdad que pa nosotros, los pobres, el mundo es ancho, pero ajeno. Ustedes lo saben, comuneros. Lo han visto con sus ojos por donde han andao. Algunos sueñan y creen que lo que no han visto es mejor. Y se van lejos a buscarse la vida. ¿Quién ha vuelto? El maestro Pedro Mayta, que pudo regresar pronto. Los demás no han vuelto, y yo les digo que podemos llorarlos como muertos o como esclavos. Es penosa esta verdad, pero debo gritarla pa que todos endurezcan como el acero la voluntad que hay en su pecho. En ese mundo ancho, cambiamos de lugar, vamos de un lao po otro buscando la vida. Pero el mundo es ajeno y nada nos da, ni siquiera un güen salario, y el hombre muere con la frente pegada a una tierra amarga de lágrimas (p. 932)

No otra cosa prueban los cinco capítulos dedicados a los "comuneros emigrados", que hemos examinado en otro lugar⁽³²⁾; efectivamente a los comuneros que no han regresado se puede "llorarlos como muertos o como esclavos".

Pero el pensamiento de Benito Castro se eleva a dimensiones trascendentes cuando vincula la insurrección de la comunidad de Rumi con las rebeliones campesinas en general, tanto en el presente (recuérdese que está instigando a que los sumisos siervos de Umay también se rebelen) como en el pasado. Al hacerlo así la insurgencia armada de los comuneros de Rumi adquiere más trascendencia; al poner este capítulo de lucha armada campesina en una perspectiva histórica, toda la epopeya de Rumi asume de inmediato una mayor dimensión. Así, el comentado discurso previo al primer combate, nos muestra a un Benito afirmando: "Defendamos nuestra tierra, nuestro sitio en el mundo, que así defenderemos nuestra libertad y nuestra vida. La suerte de los pobres es una, y pediremos a todos los pobres que nos acompañen. Así ganaremos... Muchos, muchos, desde hace años, siglos, se rebelaron y perdieron. Que nadie se acobarde pensando en la derrota, porque es peor ser esclavo sin pelear (...) Defendamos nuestra vida, comuneros. ¡Defendamos nuestra tierra!" (pp. 932-33). Con estas palabras la figura de Benito adquiere una dimensión mesiánica⁽³³⁾ que ya había sido insinuada tiempo atrás con el grito de "¡Defiéndenos, Benito Castro!" (clamor sobre el cual el narrador omnisciente había "opinado": "Su grito nos parece, más bien, el reclamo clamorante del pueblo", p. 902). Ahora el pensamiento de Benito se perfila con mayor lucidez: "La suerte de los pobres es una, y pediremos a todos los pobres que nos acompañen". Con él la novela indigenista aparece superando la limitación del ser excesivamente "localista"; Benito Castro hace que *El mundo es ancho y ajeno* se acerque a la frontera de la novela futura, de afán globalizador y pretensiones de "totalidad"⁽³⁴⁾. No se trata de una sublevación de indios limita-

32. (T.G.E.): "Trayectoria y sentido de la peripecia de los "comuneros emigrados" en *El mundo es ancho y ajeno*", op. cit.

33. Recuérdese que Benito también había estado preso por tres meses por ser "partidario" de Pajuelo, y que antes había liberado a dos indios prisioneros de una hacienda; todo ello prepara la posterior caracterización de Benito como "redentor".

34. La mejor ejemplificación de ello sería *Todas las sangres* (1964), que, en palabras

da al marco de una comunidad determinada; poco después del primer combate, Benito Castro piensa en esos dos primeros muertos y sus pensamientos, en un texto que se nos aparece como fundamental para las ideas que estamos desarrollando, se elevan hacia esa dimensión "total" que hace de todas las luchas campesinas indias una única y solidaria batalla (permanente):

Benito Castro piensa en los muertos. En esos y todos los muertos que están cobijados bajo la tierra hablando con los duros dientes, con las negras cuencas, con las rotas manos, con los blancos huesos. No sabe la cuenta. Piensa que desde Atusparia y Uchcu Pedro, y antes y después, no se puede hacer la cuenta. Mas la tierra guardó su voz sanguínea, el palpar potente de su pecho bronceado, el gran torrente de voces, gritos, balazos, cantos y agonías. Diga Atusparia o diga Porfirio, diga Uchcu o diga Fidel, Benito arrodilla su voz frente a un gran himno y se enciende las sienes con su recuerdo y se hunde en su gran noche iluminada. Porque ellos han muerto de la muerte de cuatro siglos y con el dolor, con el dolor total que hay en el tiempo. Y por el amor de la tierra, veraz cordón umbilical del hombre. (p. 942)

Los combates que seguirán a esa primera victoria, son, pues, apenas unos hitos más en esa lucha de "cuatro siglos". Así, aquellos críticos que manifiestan su perplejidad por la "derrota" de Rumi con que termina la novela, considerándola contradictoria, pesimista o francamente derrotista, cometen el error de no reparar en la perspectiva que Benito Castro ha puesto la rebelión de la comunidad; la historia de Rumi y su derrota final son apenas un capítulo de una lucha que viene de siglos y que seguirá hasta la victoria final.

No se piense, de otro lado, que Alegría ha terminado su diseño de Benito Castro, convirtiéndolo en un ser de pensamiento monolítico, sin la menor fisura. Al instar Benito a los comuneros a defender con su vida la tierra, agrega ingenuamente: "Quién sabe los gobernantes comiencen a comprender que a la nación no le conviene la injusticia" (p. 933)(35). De otro lado Benito Castro, con toda su destreza militar y su sagacidad en las tácticas y estrategias del combate, comete un error capital de apreciación: llega a pensar que la insurrección de Rumi podrá correr la suerte de la longeva sublevación de Benel, de las *guerillas* de Benel:

—No, Clemente, qué se te ocurre. Tienen pa rato con nosotros, y si llega a prender una buena revolución... Fíjate lo que pasó con Benel. Aguantó cinco años...

—Es que ese tenía plata...

del propio José María Arguedas intenta "abarcar todo el mundo humano del país, en sus conflictos y tensiones interiores". C.F. (J.M.A.): "Razón de ser del indigenismo en el Perú". En: *Visión del Perú* No. 5. Lima, junio de 1970.

35. Este enunciado de Benito refleja un momento inicial de la reflexión indigenista, todavía no centrado enfáticamente en el problema de la tierra, que correspondería, por ejemplo, al "primer González Prada", el del "Discurso en Politeama" (1888), muy distinto del "segundo González Prada", el de "Nuestros Indios" (escrito en 1904, pero no publicado hasta 1924).

—No creas; lo que supo es ir creciendo. Yo estaba allá y vi cómo lo ayudaba el pueblo. (p. 935)

Benito Castro, como soldado del ejército de la república ha combatido contra las fuerzas de Eleodoro Benel, en las serranías de Cajamarca. Tiene, por tanto, que saber que las tácticas de éste, que son las de la guerra de guerrillas, son diametralmente diferentes de las que él y los comuneros de Rumi tienen que emplear. En otro trabajo hemos estudiado con cierto detalle este aspecto de la novela(36); baste decir que mientras la novela nos brinda ejemplos de la táctica de Benel, atacar y huir, eludir un combate generalizado y convencional contra el ejército regular (pp. 900-01), el objetivo de Benito Castro y los suyos es defender un terreno, y están por tanto atados físicamente a la comunidad de Rumi, a las alturas de Yanañahui. Pensar que la rebelión de Rumi pueda durar lo que duró la guerrilla de Benel es confundir dos realidades o metodologías distintas; no hay la menor duda de que los comuneros de Rumi han adoptado un camino distinto al de la guerrilla: como nos lo hacen saber los preparativos iniciales de combate, el objetivo de Benito Castro y sus hombres es “defender” las tierras comunales. Tal objetivo está condenado al fracaso. Aunque se plantee una vaga y limitada expansión de la sublevación (“Por una ruta extraviada de la puna, van a Umay diez comuneros caminando en fila. El rumor de las ojotas marca la huella. Les dirán a los colonos que se subleven, que ha llegado el tiempo de la revolución”, 937), no se alude a otro “foco” que el de la hacienda Umay, y esto es claramente insuficiente; Benito especula con la posibilidad de “y si llega a prender una buena revolución...”, pero tal pensamiento no tiene una base sólida: en el mejor de los casos sólo Umay acompañará a Rumi en la sublevación. La novela deja tenuemente flotando la idea de que la victoria sólo será posible de tratarse de una rebelión vastísima, global. O, como hemos especulado detenidamente en otro lugar(37), se postula quizás, por deducción, que contra las “fuerzas del orden” deben aplicarse las tácticas de la guerrilla.

Es interesante recordar que Rosendo Maqui sí había visto con claridad la dialéctica de la lucha armada; con ocasión al debate que se produjo luego de que la comunidad perdiera el primer juicio de linderos, Rosendo es contrario a resistir por las armas el inminente desalojo: “Si triunfamos, triunfaremos un mes, tres meses, seis meses...pero vendrá tropa y nos arrasará” (p. 601). Esto es lo que efectivamente sucederá con Rumi. Con un toque de sarcasmo, la novela nos informa: “EL trabajo de los indios, según la ley vial, había hecho llegar hasta el pueblo una carretera. Un batallón acude en camiones y marcha sobre Rumi” (p. 942). No sabemos cuánto tiempo ha pasado desde el primer combate (“un mes, tres meses...”); sí se informa, de pasada, que prosperó la insurrección en Umay: “Se ha sublevado también Umay, pero (el batallón) ataca primero el foco de mayor resistencia. La celeridad de la represión impedirá que el movimiento se propague”. (p. 942). Y la represión es efectivamente rápida y brutal; Alegría tiene el acierto de no narrar el “combate sañudo y fiero”; apenas breves pinceladas sepa-

36. (T.G.E.): “Significado y proyección de la guerrilla del *Fiero Vásquez*”, op. cit.

37. *Ibidem*.

ran el anuncio del ataque a Rumi de la clásica escena final de la novela que dramatiza la derrota de la comunidad:

De pronto llega el mismo Benito Castro con la cara, las ropas y las manos rojas. Se ha manchado atendiendo a sus compañeros, y con el borbollón que mana de su propia herida. Cae frente a su casa, llamando a su mujer con una voz ahogada. La masacre de Llaucán ha surgido, neta, en sus recuerdos. Marguicha acude con su hijo en los brazos.

—Váyanse, váyanse —alcanza a decir el hombre, rendido, ronco, frenético, demandando la vida de su mujer y su hijo.

—¿Adónde iremos? ¿Adónde? —implora Marguicha, mirando con los ojos locos al marido, al hijo, al mundo, a su soledad.

Ella no lo sabe y Benito ha muerto ya.

Más cerca, cada vez más cerca, el estampido de los máuseres continúa sonando. (p. 943)

Se ha perdido la batalla y, sin embargo, no es una derrota total. A través de la personalidad de Benito Castro, su último alcalde, la comunidad de Rumi, su larga historia y su derrota final, quedan vinculadas a la historia y el destino del pueblo campesino en su totalidad (“La suerte de los pobres es una, y pediremos a todos los pobres que nos acompañen. Así ganaremos...”) La novela proporciona, principalmente mediante las palabras y actos de Benito Castro, las coordenadas históricas que sitúan en una perspectiva más amplia la lucha de la comunidad de Rumi; es la misma lucha de cuatro siglos; Benito Castro es un descendiente de Atusparia así como la masacre de Rumi tiene el mismo sentido que la de Llaucán. Contrariamente al aparente tono “pesimista” o derrotista con que se cierra *El mundo es ancho y ajeno*, la novela contiene, objetivamente, la perspectiva histórica que convierte a esta “derrota” en un mero eslabón de una serie histórica que por fuerza tendrá que terminar con la victoria de “los pobres”, de los comuneros como los de Rumi. El futuro que la visión de la novela permite vislumbrar es uno en que el mundo esté poblado de comunidades como Rumi (o la vuelta a un pasado en que “todo era comunidad” (p. 838), como afirma un anciano comunero), y no de haciendas como Umay. Y el principal responsable de esta vinculación de la comunidad de Rumi con el resto del mundo andino es Benito Castro; a diferencia de los pasados tiempos de Rosendo Maquí, Benito implica el final del “aislamiento” de Rumi; él hace que el sentido y el destino de la comunidad se conecten con los del pueblo indio. Benito Castro, el último alcalde de la comunidad de Rumi, quien pasó dieciséis largos años como “comunero errante”, conociendo ese “mundo ancho y ajeno”, aprendiendo de él, antes de poder regresar a vivir, a pelear y a morir en su querida comunidad. Quizás si lo que la novela nos está diciendo es que el campesinado andino siempre tendrá un mesiánico conductor que escuche el grito de “¡Defiéndenos, Benito Castro!”.